

1° PUESTO, CATEGORÍA NUEVAS GENERACIONES

El señor Keled

De pie en la cubierta de un barco, un anciano ve como se aleja su país; el país de sus antepasados y muertos que ahora parecía un insignificante montículo a la distancia, bien sabrá él que en aquel pequeño punto sobre el horizonte quedan enterradas sus memorias y su corazón. En sus brazos sostiene una pequeña maleta y a un chiquillo, aún más pequeño. El anciano se llama Keled. Ahora es el único que recuerda su nombre ya que el resto de las personas que lo sabían están muertas.

Mientras el viento sopla y lo zarandea a su antojo, el señor Keled sigue en la cubierta del barco con la mirada fija en ese punto de ambivalencia entre el cielo y el mar mientras le sostiene la diminuta mano al pequeño niño, que aún se esfuerza por abrir sus ojos. Ya han pasado varias horas desde que el barco partió pero el anciano no se ha querido mover de aquel lugar, cual estatua embelesada por el llamado de algo o alguien que solo él puede oír.

El viaje es largo y ya varios pasajeros abordo han intentado comunicarse con él para dirigirlo a un lugar donde pueda descansar, entiende sus señas, él acepta sin decir nada, pero siempre al momento vuelve a la cubierta del barco junto con su maleta y el pequeño niño. El no entender una palabra sobre lo que dice la mayoría de la gente dentro de la embarcación solo lo hace pensar en la lejanía de su hogar y lo mucho que lo extraña; nunca ha amado a su patria pero sí daría su vida por ocho lugares suyos, cierta gente, tres o cuatro ríos, la refrescante sombra de aquel gigantesco árbol, el revolotear de sus insectos, sus cosechas de plátano o algunos viejos libros. A lo mejor la patria está con aquello que amas.

Una delicada cinta rodea la maleta para evitar que se abra. En realidad sólo contiene ropa vieja, una pequeña manta y una antigua fotografía bastante deteriorada por el tiempo. Eso es todo lo que pudo llevarse. Y al bebé, claro. Es un chiquillo muy tranquilo. Desde que el señor Keled subió a bordo junto con una multitud de gente parecida a él, hombres y mujeres desorientados por las consecuencias de la guerra, el niño se la había pasado dormido.

De vez en cuando le susurra una canción al pequeño que lo mira con sus ojos expectantes. El anciano lo observa y con su vieja y un poco carrasposa mano, pasa sus dedos por la pequeña carita del recién nacido, como si con sus dedos pudiera definir cada una de sus facciones; de inmediato nota que aquella nariz redonda se parece mucho a la de su hija.

Recuerda aquella revoltosa niña, y como si solo esa imagen fuera suficiente para burlarse del espacio y el tiempo, ahora era capaz de ver el resplandeciente sol que se calaba por

sus ventanas cada día, como la tierra pintaba cada fisura de sus manos y el tiempo apacible que seguía por aquel camino viejo de piedras desportilladas que seguían a su casa; aquella vieja casa de madera, con las paredes teñidas por el tiempo, impregnadas por el olor de la leña que cuece la comida mientras los pequeños destellos del sol se despiden convirtiendo a su paso todo en oro. Mientras recordaba todo eso, las lágrimas iban cayendo desprevenidas por su arrugado y cansado rostro, cuando se dio cuenta paró de mirar al pequeño y volvió a concentrar su atención en el amplio horizonte, porque en ese momento lo calmaba la imagen de sentirse tan ínfimo en un universo tan extenso, aún si lo que estaba sintiendo en ese momento amenazara con cubrir toda esa grandeza.

La madre del niño era hija del señor Keled. Murieron durante la guerra que asola el país desde hace años. Una mañana como siempre fueron a trabajar a los platanales pero esta vez no regresaron; cuando el anciano fue a buscarlos todo era un caos. Ya no era más que un enorme agujero lleno de lodo, en donde a lo lejos vio los cuerpos inmóviles de su hija y de su nuero, un poco más lejos estaba el niño, escondido entre plantas, con los ojos muy abiertos e ileso, un poco embarrado de tierra pero a salvo. El señor Keled recogió al niño. Y se fue. Decidió irse para siempre.

Ya habían pasado unas cuantas semanas y por fin estaban cerca de su destino final, de un nuevo comienzo lejos de las atrocidades de la guerra, pero a la vez lejos de la tierra que lo vio crecer. El señor Keled tomó su maleta y al pequeño. Desembarcando en un nuevo lugar que esperaban pronto llamar hogar.

María José Ortegón Ríos, estudiante grado 10°